tenido grandes diferencias. Los gobernantes nicas han sido hombres de conversación amena y de "chiles" de antología, mientras que los catrachos han sido hombres serios, de cara agria, que se creen providenciales, iguales a los de allá, sólo que aquellos saben que no es cierto, y estos se creen que es verdad. En lo que sí han estado de acuerdo, tanto catrachos gobernantes, como nicas, es en el reparto de los palos. En eso no han discriminado, los han repartido con amplia libertad. El catracho es valiente, el nica lo es también. Sin embargo, tanto nicas, como catrachos, se han aguantado, con excepción de Guatemala, las dictaduras o dictablandas más feroces de Centroamérica.

En materia de religión, el catracho, como el nica, son católicos. Los nicas son fieles cumplidores, mientras que el catracho sólo cree en su Virgen de Suyapa.

El nica, como el catracho, son agricultores, con la diferencia que la agricultura nica

está en las manos de los nicas, y si bien es cierto que una gran mayoría de los catrachos viven de la tierra, su gran agricultura está en las manos de exiranjeros.

Hasta hace poco los nicas y los catrachos, por razones del famoso Laudo, anduvieron en dimes y diretes. Cada político, de una y otra parte, cuando se le volvían en contra problemas locales, sacaban inmediatamente la validez o invalidez del Laudo. Fue un truíto bien aprovechado que explotaron a sus anchas los llamados políticos. Pero tanto el pueblo catracho, como el nica, superaron esa etapa. Nunca pudieron arrancar del corazón de cada catracho, como del nica, el cariño que se guardan entre sí. Ya lo dije anteriormente que Nicaragua y Honduras se complementan geográficamente, pero espiritualmente la unión es más profunda, regada con la sangre fraternal de dos pueblos. Nada, ni nadie, podrá detener el futuro común de ambos países.

El «Nica» y El «Catracho»

SEGUN UN NICA

PEDRO P. VIVAS BENARD

El 13 de Septiembre de 1950, a eso de las 7 de la noche, el Sr. Horacio Guzmán Benard y el que esto escribe, atraídos por el misterio de un país desconocido, dejábamos Managua en automóvil y enfilábamos la Carretera Norte, rumbo a la frontera con la República de Honduras, adonde nos dirigíamos en busca de nuevos horizontes económicos y con el fin de estudiar la posible apertura de una corriente comercial que estableciera el intercambio de mercaderías entre nuestro país y su vecino del Norte, utilizando la vía terrestre.

Disponíamos del carro de Guzmán, conducido por un experto chofer de apellido Guadamuz, y dado el hecho de que solamente ocupábamos el carro nosotros dos, nuestro viaje resultaba sumamente cómodo, además de ameno e instructivo.

A pesar de ello, nuestra primera etapa finalizó en forma un tanto incómoda, pues hicimos nuestra entrada a Somoto, a eso de las 12 de la noche, bajo un torrencial aguacero.

Una vez cumplidas todas las formalidades de aduana y migración en Somoto y El Espino, cruzamos por fin la raya a eso de las 9 a.m. del 14 de Septiembre y pusimos nuestra planta en "tierras de Lempira". Hicimos nuestro primer contacto con "catrachos" en la Aduana de El Espino, sec-

ción de Honduras. He de confesar aquí que estaba poseído de una gran curiosidad. Había yo tenido contacto con panameños, ticos, salvadoreños, guatemaltecos, mejicanos, etc., pero hondureños, (catrachos) no recordaba haber conocido jamás a ninguno, con excepción de Jorge A. Coello, hijo mayor de don Augusto C. Coello —figura descollante en la cultura y política hondureña— y quien había desempeñado durante varios años, el cargo de Cónsul o Secretario de Embajada —no lo recuerdo bien— de su país ante nuestro Gobierno.

Pero a Coellito, —como familiarmente lo llamábamos en Nicaragua los que nos contábamos entre sus amigos—, no lo habíamos considerado nunca como hondureño. Era tan similar a nosotros en todas sus costumbres y se había identificado de tal manera con los nicas, que nadie se acordaba que venía de una tierra casi desconocida para nosotros y de la que, a pesar de ser nuestra vecina inmediata, únicamente sabíamos que estaba gobernada por un famoso Gral. Carías Andino, de quien se contaba "cada cosa", como diría un español.

Fue, pues, con la natural curiosidad, que penetramos al edificio de la Aduana de Honduras, en El Espino, esperando encontrarnos con el clásico catracho, creado por nuestra

fantasía: hombre alto y corpulento, de tez morena, botas altas hasta la rodilla, sombrero de fieltro de alas muy amplias, faja de cuero de tres dedos de ancho, una descomunal pistola colgándole de la cadera y unos no menos descomunales bigotes, negros y bien poblados, cubriéndole toda la boca. Pero he aquí que, por el contrario, quienes nos reciben son gente común y corriente, como todo el mundo, un tanto campesinos, si se quiere, en su modo de ser, pero sumamente afables y con grandes deseos de servir. Sorprendidos, notamos una ausencia total de bigotes, sombrerones, pistolas, ni siquiera la faja ancha. Estamos desconcertados, mas, pensándolo después con detenimiento, creo, más bien que ese tipo de individuo era más fácil encontrarlo en ese entonces en Nicaragua que en Honduras.

Una vez cumplidas las formalidades de migración, iniciamos lo que dimos en llamar la segunda parte de nuestro viaje. El paisaje ha cambiado totalmente. No más montañas cerradas, ni chagüites, ni vegetación tropical. Abundan en cambio los pinares en terreno sumamente pedregoso, donde sería imposible hacer prosperar ninguna siembra. El clima es delicioso y una fresca brisa matutina lo hace aún más agradable. El rancho de paja nicaragüense ha cedido su lugar a la casita de madera humilde, tosca, sin pretensiones, indudablemente, pero de mayor categoría que el rancho. No hay ganado, ni en la vía, ni a los lados de ella, pero se ve en cambio una gran cantidad de burros —no mulas, ni machos, sino burros—. El burro, ensillado o suelto, es una característica de las carreteras hondureñas en las partes altas del país. En cambio, en las partes bajas como en el trayecto de Jícaro Galán a la frontera con El Salvador, la nota pintoresca la ponen los cabros. Decenas, centenas de cabros a ambos lados de la carretera. Haciendo caso omiso de cualquier interpretación torcida que pudieran darle a mis palabras las mentes suspicaces, he llegado siempre a preguntarme, ¿de dónde habrá salido tanto cabro y tanto burro en Honduras?

El campesino viste más o menos lo mismo que el nica, tal vez un poco más abrigado, por el frío. Lleva asimismo su machete en la mano, que no es, sin embargo, como el usado por los nuestros, largo, recto y muy ancho, sino, por el contrario, corto, angosto, y muy curvo, bastante parecido a una hoz. Quizás sea más adecuado que el nuestro para podar o rozar, aunque no para combatir, razón por la cual el hondureño usa poco el machete para dilucidar sus pependencias. Prefiere siempre la bala por más rápida y barata.

La carretera, más bien el camino, entre El Espino y San Marcos de Colón, primera ciudad después de la frontera, era malo, por no decir pésimo. Después de San Marcos, continúa desenvolviéndose por espacio de una

hora entre montañas pobladas de pinos y profundos barrancos por los que se ven pasar finos hilos de plata. El clima es siempre delicioso. Pero luego se comienza a descender en forma muy abrupta y después de una media hora se entra al Valle de Choluteca, catalogado, por el calor que allí se siente, como la "antesala del Infierno". Y durante una hora más, uno materialmente se derrite en aquel ardoroso valle, sembrado de jícaros y cornizuelos hasta donde la vista alcanza. Esa primera vez que yo crucé ese valle, me tocó hacerlo a mediodía y soy sincero al decir que yo creí que allí terminaría el viaje, tal el bochorno y malestar que sentíamos. En subsiguientes ocasiones, siempre que tuve necesidad de cruzarlo nuevamente, lo hice con una bolsa de hielo amarrada en la cabeza, única manera de impedir que la sangre me hirviera a borbotones.

Después de un breve descanso, emprendemos la última parte de la jornada, el camino de Jícaro Galán a Tegucigalpa. No serán sino 110 kilómetros, pero en ese trecho habremos de subir desde el nivel del mar hasta 5.000 pies y luego bajar a 3.200, la altura de Tegucigalpa.

Iniciamos la marcha a las 2 p.m., ansiosos de llegar a Tegucigalpa, a la que suponemos distante en un par de horas, a lo sumo. Pero no contábamos con la clase de camino que teníamos que recorrer. He aquí que se nos presenta una carretera de tierra, muy angosta, con muchas piedras, —unas sueltas y otras medio enterradas— y con curvas de hasta 180°, colocadas una a continuación de otra, con cortísimos tramos rectos entre ellas. Después de una hora, el chofer está agotado de tanto variar de dirección. Además, puentes estrechos sobre abismos pavorosos y precipicios enormes a un lado de la carretera, mientras un paredón cortado a pico, coronado por inmensos peñascos, constituye el otro lado.

Comenzamos a ver de nuevo a los burros, que habían desaparecido por los contornos de Choluteca. En cierta oportunidad encontramos a un "montado" vestido totalmente de casimir negro, incluso chaleco, corbata negra, sombrero negro de fieltro, botas negras de calle y un paraguas negro abierto para resguardarse del sol, cabalgando en el consabido burro. Lo extraño era que esa indumentaria, tan estrafalaria para nosotros y tan poco apropiada para un jinete, no provocaba entre los campesinos ni el más mínimo comentario; ¡y el "campista" ese iba arreando una pequeña partida de ganado!

Nos llamó asimismo la atención el que algunas colinas con gradientes sumamente pronunciadas, estuviesen sembradas de maíz o trigo. No nos explicábamos cómo podría ararse en lugar tan inclinado.

La solución, muy peregrina por cierto, me la dio un salvadoreño que se preciaba de conocer los secretos de los hondureños.

"Siembran con escopetas" me informó, "y cosechan con andamios". Como me lo contaron lo cuento.

Dos horas después de haber partido de Júcaro Galán, nuestro chofer estaba exhausto. Tuvimos que detenernos para informarnos si estábamos en el buen camino, pues aun cuando no había ningún otro, no podíamos creer que no estuviésemos ya llegando. Nos encontramos varios camioneros quienes informaron que Teguz (como se le llama a veces en Honduras) se encontrada "allí no más, al otro lado de ese cerro". Pero ese "allí no más" resultó ser casi el "más allá", pues para poder por fin llegar tuvimos que salvar, no un cerro, sino una serie interminable de montañas. Y a propósito de los camiones hondureños, los propietarios logran sacarles hasta el último centavo de utilidad, mediante una modificación que les hacen en los talleres de mecánica. Consiste en hacer desaparecer la cabina de metal que abriga al chofer y sustituirla por otra de madera, pero mucho más ancha que la original, de manera que, además del chofer, caben 4 personas más en el asiento delantero, con toda comodidad. Pero, por supuesto, esto le da al camión un aspecto de armatoste viejo, de vagón de carga o algo por el estilo. No hay un solo camión en Honduras que no sufra esa modificación.

Por fin, después de 5 horas de continua ascensión y luego de haber tomado un millón y pico de curvas, entramos a Tegucigalpa cerca de las 7 de la noche, cuando ya la ciudad estaba descansando el trabajo diurno. Debe de recordarse que el 14 de Septiembre no es día feriado en Honduras y, por tanto, la ciudad presentaba el mismo aspecto de todos los días, con la excepción de los alrededores del Parque Central, donde se celebraba la Semana de la Cruz Roja Hondureña.

Al entrar a la ciudad, lo hicimos por una calle muy ancha, adoquinada, que tomamos por la calle principal y nos detuvimos frente a un edificio de varios pisos, moderno, situado frente a un parque, que ostentaba el rótulo de Hotel Panamericano. Realmente, no creímos que hubiese algún otro mejor y así decidimos hospedarnos en él. ¡Buen hotel! Buenos cuartos, buenas camas, buena comida y buen servicio. Muy pocos pasajeros, creo que tres o cuatro, además de nosotros (El Hotel cerró un año después).

Ansiosos por conocer la ciudad abordamos nuevamente el carro tan pronto nos hubimos aseado y cambiado de ropa y seguimos adelante por la calle por la que habíamos entrado. Muy pronto cruzamos un puente de piedra, de gran solidez y entramos a otra parte de la ciudad que —según después supimos— era Tegucigalpa propiamente dicha. Lo que habíamos dejado atrás era Comayagüela, la ciudad gemela, separada de Tegucigalpa por el río Cholute-

ca, tal como el Danubio divide en dos las ciudades de Buda y Pest.

No pudimos esa noche apreciar sino muy ligeramente lo pintoresco de Tegucigalpa. Para poder describirla ampliamente haría falta mucho espacio y tiempo, por lo que no haré mención de ello. Pero si trataré de resumir mis impresiones en lo que respecta a los "catrachos" en general y a los habitantes de la Capital en particular, adquiridas a través de ocho años de convivencia fraternal con ellos.

A mi entender, existe una bien marcada diferencia entre el "catracho" de las zonas centrales del país, altas y frías y el de las tierras bajas y cálidas de la Costa Norte. Los habitantes de San Pedro de Sula, Puerto Cortés, Tela, Ceiba, Trujillo, etc., ciudades todas enclavadas a lo largo de la Costa Atlántica, entre las fronteras de Nicaragua y Guatemala, parecen ser los portadores, en Honduras, de esa sangre inquieta y ardiente que caracteriza a los pobladores de las zonas cálidas de la cuenca del Caribe, cuyos máximos valores podemos encontrar en los pueblos venezolano, panameño, nicaragüense, yucateco, cubano, dominicano y jamaicano. Estos "catrachos" de tierra caliente, amables, serviciales, fiesteros, acogedores, generosos y medio bohemios no dejan de contrastar en cierto modo con sus hermanos de las altas mesetas y de las frías cordilleras centrales que en un tiempo poblaron las huestes guerreras del gran Cacique Lempira.

El "catracho" de Tegucigalpa y de las partes frías del país se parece más bien al Guatemalteco o al Tico, frío, reservado, discreto, algo altanero, poco comunicativo. Mientras el costeño es un extrovertido, el capitalino se concentra en sí mismo y es difícil sacarlo de "su concha", en la que parece siente placer de encerrarse como una ostra. Ambos pueden llegar a ser excelentes, magníficos amigos, pero el costeño se entrega de inmediato, como el cubano, como el nica, sin pensarlo mucho, mientras que el de Teguz medita el caso detenidamente, observa, mide, compara y no abre su pecho ni su casa sino hasta haberse convencido de que aquel extraño sabrá corresponder a la amistad que se apresta a brindarle.

Al hacer la anterior comparación, no debemos cometer el error de atribuir esta diferencia de caracteres a una educación o cultura diferentes. A mi modo de ver, tal divergencia debe atribuirse más bien al clima y a la altura, factores muy importantes en la determinación de las costumbres e idiosincrasia de los pueblos. Recordemos que las zonas altas son siempre frías y que el frío tiende a alejar al individuo de las calles y reuniones públicas y sociales, manteniéndole más bien confinado dentro de los límites de su casa y girando en torno de su familia o, cuando más, del círculo de sus estrechas amistades. El frío es incómodo, molesto, de-

sagradable, antisocial y tiene necesariamente que influir en el carácter del individuo tornándolo reservado y a veces hasta hurafío. El calor, como contraste, saca al hombre de su refugio y lo lanza a la calle, al parque, al mar, al club, a cualquier parte donde pueda satisfacer esa urgente necesidad de ponerse en comunicación con sus semejantes para calmar su ansia de reunión y su euforia social. Chapines, guanacos, catrachos de Tegucigalpa y ticos de la Meseta Central, presentan esa sorprendente afinidad de costumbres y reservas sociales que solo pueden ser atribuidas al clima frío de esas zonas. Asimismo, los venezolanos de Caracas y los colombianos. El reverso de la medalla lo constituyen los Cariocas, venezolanos de la Costa, panameños, nicas, ticos de Puerto Limón, catrachos de la Costa Norte y, naturalmente, los de las Islas bañadas por el mar Caribe, pueblos todos sometidos a los rigores de un clima tórrido e inclemente.

No debiera de ser así, pero la realidad es que no ha existido nunca una verdadera y sincera amistad entre hondureños y nicaragüenses. Posiblemente, la culpa ha sido nuestra, en gran parte, pues en repetidas ocasiones hemos atropellado sus derechos, justo es reconocerlo, y nuestros vecinos y hermanos sienten hacia nosotros el natural resentimiento y recelo que esta actitud ha provocado. Las constantes intromisiones del Presidente Zelaya en la política hondureña a principios de Siglo y la tesis del Gobierno de Nicaragua sostenida por más de 50 años de que existía un Territorio en Litigio —tesis inadmitida por los hondureños— han sido los principales factores responsables de que nuestros vecinos del Norte se hayan siempre mantenido en guardia contra nosotros esperando siempre lo peor. El hondureño es intensamente patriótico, tanto como el tico, mucho más que nosotros, y no nos perdonará nunca el que hayamos puesto en entredicho su soberanía, incluyendo en nuestros mapas y en nuestros textos de geografía e historia a una parte de lo que ellos siempre consideraron como su territorio legítimo e indiscutible. Algo más: la ocupación por parte de Nicaragua de una faja de terreno entre los ríos Coco y Cukra, que nosotros considerábamos propia y que ni siquiera incluíamos en el Litigio, fue siempre considerada por los hondureños como una verdadera ocupación militar. Dadas esas circunstancias, no podíamos esperar que los hermanos catrachos nos vieran con buenos ojos. Solamente a base de demostrarles una verdadera y sincera amistad puede uno llegar a romper esa coraza natural de reserva con que se arman tan pronto ven a un nica. Pero, una vez penetrada, una vez roto ese aparente hielo de que se recubren son los mejores amigos del mundo.

En el juego de la política son verdaderamente magistrales. En un país donde, según la revista Time, ha habido 105 presiden-

tes en el término de los últimos 100 años, se necesita ser extremadamente ducho en esas lides para poder descollar, y para poder terminar un período, un presidente necesita llegar a alcanzar estatura de genio político. Casi no hay catracho que no esté metido hasta las cejas en política, siendo dos los partidos principales, Liberales y Nacionalistas (Conservadores), con sus inevitables divisiones entre ellos mismos. Hay Nacionalistas puros, los de la llamada Ala Negra, que tienen siempre a Carías como leader, y hay los Nacionalistas disidentes o Pumpuneros, los del Ala Gris, con Abraham Williams y Gálvez a la cabeza. Los Liberales, hoy fuera del Poder, se encuentran asimismo divididos en tres facciones: los de Villeda Morales (ahora en el exilio); los que adversaron a Villeda Morales y Rodas Alvarado; y los llamados Ortodoxos o Liberales de Hueso Colorado, como ellos mismos gustan de autodenominarse.

Además de político, el catracho es eminentemente revolucionario y se lanza a cualquier aventura bélica que le propongan, sin pensarlo mucho, bien sea que se trate de derrocar a su propio gobierno o a un gobierno extraño. Le atrae la guerra y el olor a pólvora de manera irresistible y no medita en las consecuencias personales que su acción pueda acarrearle. Es valiente hasta la temeridad y se toma un cuartel o una plaza con la misma facilidad con que sus otros hermanos centroamericanos pronuncian discursos en concentraciones populares dominicales, o "enrollan su trompo" en una mesa de tragos de un elegante Club Social.

El catracho que se incorpora a una revolución no pide más que un rifle con su dotación de tiros y la oportunidad de permanecer en la línea de fuego. No siente curiosidad por saber dónde, cuándo, cómo y a quién va a combatir. Le basta con saber que va a combatir y le importa muy poco el peligro que pueda correr. En la noche del 31 de Julio de 1957 unos 500 Liberales hondureños se tomaron por sorpresa, sin disparar un solo tiro, el Cuartel San Francisco de Tegucigalpa, situado en el corazón de la ciudad. El Gobierno, presidido entonces por don Julio Lozano Díaz, no se enteró de ello sino hasta las 12 de la noche. A esa hora comenzó un tremendo tiroteo entre las fuerzas Liberales, parapetadas en el Cuartel, y las del Gobierno que atacaban por los cuatro costados. Fue un verdadero acto de temeridad de parte de los Liberales y su posición estaba perdida desde el momento en que se enteraron de que las fuerzas del Gobierno habían permanecido leales a Lozano Díaz. Sin embargo, no se rindieron, y no fue sino hasta las 9 de la mañana del día siguiente, después que una batería de morteros hubo silenciado a casi 400 de los 500 que entraron la noche anterior, que se decidieron a izar bandera blanca.

En su vida privada, el catracho es, por

regla general, más parco y retraído que el nicaragüense. El ciudadano de clase media y el pueblo, propiamente dicho, son quizás tan alegres y fiesteros como sus vecinos del Sur. Les gusta el aguardiente en cantidad, lo mismo que el juego y las mujeres. Las fiestas patronales son siempre sumamente animadas.

El señor de clase alta, en cambio, prefiere otra clase de diversiones. Cine, Teatro, Salas de Arte y de Conferencias, Exposiciones, Charlas, Mesas Redondas, etc., predominan sobre la fiesta y la parranda al estilo nica. Ocasionalmente se reúnen en alguna casa particular para una sesión de póker. Esa costumbre del nica, de asistir casi por obligación al Club Terraza, al Club Managua o al Country Club los Domingos y días de fiesta, y aun en días de semana, no es conocida por los hondureños. Por lo general, el hondureño pasa el Domingo en el campo, en alguna hacienda propia o la de algún amigo.

El catracho es fanático por el juego de foot-ball, le importan poco, o muy poco, los otros deportes practicados en Centro América, con excepción, tal vez, del basket-ball. En esto se parecen también a los ticos, para quienes lo más importante, después de decorar, pintar y adornar su iglesia, es preparar el campo de foot-ball. No obstante, en la Costa Norte se juega también el base-ball.

El hondureño pudiente y aun el acomodado, gustan de vivir bien y de hacer de su casa un lugar agradable y acogedor. Viajan con mucha frecuencia fuera del país, generalmente a Miami, donde algunos, inclusive, tienen casa propia para pasar allí algunos meses del año. De cada uno de estos viajes regresan con algo artístico y de buen gusto para el adorno de su casa. Es indudable que el hondureño gasta más que el nica en la comodidad y el lujo de su hogar. Nosotros seremos, quizás, más ostentosos en nuestras fiestas y otros pormenores, pero el hondureño, indiscutiblemente, revela una cultura superior en cuanto al arte y la comodidad en el vivir.

El hondureño, bien sea un hombre acaudalado, político, profesional, o de clase media, es hombre del campo, más que de la ciudad. La principal riqueza de Honduras, apartando los inmensos siembros de bananos en la Costa Norte, en su mayor parte pertenecientes a poderosas Compañías extranjeras, la constituye el ganado. El café es una gran fuente de ingresos, y se produce en tanta o en mayor cantidad que en Nicaragua y es de óptima calidad cuando ha sido bien beneficiado, parecido a los mejores cafés colombianos y ticos. Lamentablemente las haciendas no tienen beneficios y como el país carece de caminos de penetración, el grano maduro no puede salir con la presteza necesaria para ser beneficiado en los tres o cuatro grandes centros industriales del país, teniendo que ser secado al sol en las propias ha-

ciendas, en patios de tierra apisonada, echándose a perder completamente la calidad.

La agricultura es bastante rudimentaria y las siembras de algodón no creo que lleguen a 10.000 manzanas en todo el país. Existe una sola desmotadora de algodón, propiedad, si no me equivoco, de la Cooperativa de Algodoneros, quienes hasta hace poco tiempo tenían que llevar su algodón a El Salvador para ser desmotado.

Todo esto es el resultado del sistema económico arcaico que aún subsiste en Honduras. A pesar de la magnífica labor realizada por el Banco Nacional de Fomento, el Capital Privado se muestra reacio a iniciar aventuras industriales que pudieran impulsar y desarrollar económicamente al país. Ciertamente que en los últimos años han habido algunos adelantos notables, pero casi todos ellos se deben a la iniciativa de extranjeros emprendedores y audaces, principalmente árabes y palestinos, quienes tienen prácticamente dominado el comercio y la industria hondureña, dejando la Banca y la Agricultura en manos de los nativos del país. Uno de estos adelantos ha sido, indudablemente, el relacionado con la Aviación. Debido a la ausencia de carreteras y caminos, la industria del transporte aéreo ha florecido y robustecido cada día más, de unos años a esta parte. A este propósito, me viene a la memoria el chiste que le hacía un salvadoreño a un hondureño, cuando éste se vanagloriaba, en presencia de aquel, de que Honduras había pasado directamente de la edad de la carreta a la del avión. —"Ciertamente" —contestó el salvadoreño— "pero se olvidan Uds., al subirse al avión, de quitarse los caites y abandonar el chuzo".

Debo terminar solicitando a todos los nicaragüenses dediquemos un poco más de nuestro tiempo a conocer más profundamente al pueblo hondureño, nuestro vecino inmediato y nuestro hermano étnico, político y social. Hasta hace pocos años, Honduras, a pesar de ser país colindante con nosotros, era menos conocido que El Salvador, Costa Rica y aún países más lejanos como Méjico y Estados Unidos. Lo que de él se conocía era a través de los relatos de exilados políticos nicaragüenses, que habían vivido allí, obligados por las circunstancias. Es indudable, también, que la falta de un vía de comunicación terrestre adecuada, influyó notablemente en la falta de contacto entre ambos pueblos. Pero hoy que una excelente ruta pavimentada puede conducirlo a uno en 6 horas, de Managua a Tegucigalpa, sería imperdonable que continuásemos manteniendo ese incalificable aislamiento y privándonos de conocer a fondo a estos nuestros hermanos de raza, tan largo tiempo ignorados. El clima delicioso, los paisajes inigualables y la hermosura de sus mujeres, valen bien la pena de tomarse esa pequeña molestia.